A tres paradas de tu casa

Cada vez es más fácil encontrarnos. Cada vez es más difícil hablar de la partida



Laura Bellini

A tres paradas de tu casa

Cada vez es más fácil encontrarnos. Cada vez es más difícil hablar de la partida

Laura Bellini

ROMANS

ISBN: 9788384903889

ALL-IN Rafał Płonkowski



ÍNDICE

INTRO 5

Capítulo 1 - El mapa de las cosas que no podemos retener 12

Capítulo 2 - Un contrato sin letra pequeña 24

Capítulo 3 - La parada que no aparecía en el mapa 35

Capítulo 4 - Una cena en la que no se habla de trabajo..... 46

Capítulo 5 - El derecho a decir que no 57

Capítulo 6 - A un suspiro de distancia..... 68

Capítulo 7 - Entre una parada y otra..... 79

Capítulo 8 - El lugar donde se deja el mundo al otro lado de la puerta 89

Capítulo 9 - Historias que merece la pena salvar.....100

Capítulo 10 - Todo lo que no habíamos dicho antes 112

Capítulo 11 - Espacio para un segundo cepillo de dientes 123

Capítulo 12 - La fecha que no figuraba en el calendario 134

Capítulo 13 - El precio de las hermosas promesas.....146

Capítulo 14 - Lo que tememos perder 156

Capítulo 15 - La fecha que no quería pronunciar 166

Capítulo 16 - El silencio después del último tranvía 178

Capítulo 17 - Los caminos que elegimos por nosotros mismos 187

Capítulo 18 - El primer paso sin garantías 197

Capítulo 19 - Un mapa con espacio para dos 207
Capítulo 20 - A tres paradas de casa 219

INTRO

Si aquella mañana hubiera alcanzado el tranvía anterior, probablemente nunca habría conocido a Adam Wilga. Y si no hubiera conocido a Adam, quizá seguiría pensando que las decisiones más seguras eran aquellas que una podía tomar por su cuenta, sin pedirle opinión a nadie.

Pero llegué exactamente cuatro minutos tarde.

Estaba en la parada de la plaza de Todos los Santos, con un tubo lleno de láminas impresas bajo el brazo y, en la otra mano, un teléfono que desde las seis de la mañana no dejaba de recordarme todo lo que aún tenía pendiente. Cracovia olía a piedra mojada y al café de una panadería cercana. La luz de noviembre era tan pálida que parecía que alguien se hubiera olvidado de terminar de dibujar el cielo.

En la pantalla del teléfono brillaba un mensaje de Marta, mi agente.

Luiza, necesito tu confirmación definitiva antes del viernes. La residencia artística de Copenhague no va a esperar. Es una oportunidad realmente importante.

Lo sabía.

Tenía treinta y cuatro años, trabajaba por cuenta propia, llevaba seis años viviendo en un piso de alquiler y había acumulado suficiente experiencia como para saber que las grandes oportunidades rara vez llegaban en el momento adecuado. Llevaba meses trabajando en una serie personal de ilustraciones urbanas. La residencia de Copenhague significaba dos meses de trabajo tranquilo, una exposición y la posibilidad de entrar en un mercado donde nadie me

preguntaría si podía hacer algo parecido, pero con más colores.

Quería ir. De verdad que quería.

Y, aun así, era incapaz de pulsar el botón para confirmar mi participación.

El tranvía número ocho llegó con su característico chirrido metálico. Subí por la última puerta, me abrí paso entre dos estudiantes y un señor mayor que llevaba una bolsa de la compra, y conseguí sentarme junto a la ventanilla. Apoyé el tubo sobre las rodillas y guardé el teléfono en el bolsillo del abrigo.

Solo entonces reparé en el hombre que estaba de pie frente a mí.

Tenía el pelo oscuro, un poco demasiado largo por encima del cuello de su abrigo azul marino, y el rostro de alguien que no sentía la necesidad de demostrarle al mundo que tenía prisa por llegar a ninguna parte. Sostenía un libro en una mano y un vaso de café de cartón en la otra. Leía de pie, en un tranvía en movimiento, con la seguridad de quien llevaba años haciéndolo.

Sin embargo, lo que despertó mi interés no fue su aspecto, sino la manera en que cerró el libro cuando una mujer mayor intentó mover una bolsa pesada.

Sin hacer alarde de cortesía, dejó el vaso sobre el ancho alféizar de la ventanilla, la ayudó y volvió a su lectura.

Pensé que no era frecuente encontrarse con personas capaces de prestar atención a los demás sin esperar agradecimiento.

Entonces el tranvía frenó bruscamente.

El tubo se me escapó de debajo del brazo, golpeó el suelo y rodó directamente hasta sus zapatos.

—Creo que esto intenta escaparse de usted —dijo.

Lo recogió antes de que me diera tiempo a levantarme.

—No es la primera vez. Mis proyectos tienen cierta tendencia a tomar decisiones por su cuenta.

Sonrió, aunque no de esa manera en que sonríen las personas que ya están preparando su siguiente respuesta ingeniosa.

—Tal vez sepan adónde quieren llegar.

—En ese caso, son más inteligentes que yo.

Me entregó el tubo. En sus dedos distinguí una mancha de tinta azul. También tenía una pequeña cicatriz junto al pulgar, que parecía antigua. Me fijé en aquellos detalles por costumbre profesional. Los ilustradores observamos las manos, la forma de estar de pie, las líneas características de los rostros. Me dije que esa era precisamente la razón por la que lo había mirado un poco más de lo necesario.

—¿Qué lleva dentro? —preguntó.

—Una Cracovia que no existe.

Arqueó las cejas.

—Suena como un lugar bastante interesante.

—Son ilustraciones para un álbum independiente. Una ciudad construida a partir de los recuerdos de sus habitantes. Calles ligeramente desplazadas, edificios vistos a través de los ojos de personas que los recuerdan de manera distinta a como aparecen en los mapas.

Durante un instante contempló el tubo con tanta concentración que parecía estar intentando ver de verdad los dibujos ocultos en su interior.

—Entonces, ¿es un mapa de lo que ha permanecido en las personas, en lugar de lo que ha permanecido en las calles?

Era la descripción más acertada que nadie había hecho jamás de mi proyecto.

Ni siquiera Marta, que sabía vender mis ideas de maravilla, solía describirlo de otro modo que como un viaje sentimental por la arquitectura de Cracovia.

—Exactamente —respondí en voz más baja.

—Me gustaría verlo.

No sonó como un intento de ligar. Más bien como una curiosidad sincera que, por alguna razón que no alcanzaba a comprender, me resultó más íntima que un cumplido.

—Todavía no está terminado.

—Las cosas más interesantes casi nunca lo están.

Eché un vistazo a su libro. En la cubierta aparecía una colección de relatos de Bruno Schulz, bastante maltratada, con las esquinas dobladas.

—¿Lee clásicos en el tranvía?

—Trabajo en una biblioteca. Es un riesgo profesional.

—Y yo que pensaba que los bibliotecarios terminaban hartos de los libros después del trabajo.

—Algunos terminan hartos de la gente. Los libros suelen ser más previsibles.

Me reí antes de poder contenerme.

Fue entonces cuando me miró por primera vez de una manera completamente distinta. No durante más tiempo ni con mayor insistencia, sino con un placer evidente, como si mi risa hubiera sido algo que llevaba esperando sin saberlo.

El tranvía atravesó un cruce. Al otro lado de la ventanilla desfilaron las fachadas húmedas de los edificios antiguos, el escaparate de una floristería y un hombre que llevaba de la mano una bicicleta con una sillita infantil vacía.

—Adam —se presentó.

—Luiza.

—Encantado, Luiza.

Me gustaba cuando alguien pronunciaba mi nombre sin prisas. Adam lo hizo con tanta naturalidad que, por un momento, deseé volver a escucharlo.

Su teléfono vibró. Miró la pantalla y, durante una fracción de segundo, perdió la expresión relajada del rostro. Solo alcancé a distinguir el principio de la notificación: Confirmación de la fecha...

Instintivamente, giró el teléfono hasta dejar la pantalla contra el abrigo.

—Disculpe —dijo—. Asuntos de organización.

—Conozco bien esa clase de problemas.

—Por desgracia, a veces son bastante complicados.

Había algo en su respuesta que no conseguí identificar. No era tristeza ni irritación. Más bien el cansancio de cargar con una decisión que ya estaba tomada.

El tranvía empezó a reducir la velocidad.

—Aquí me bajo —anunció, cerrando el libro.

Sentí una decepción desproporcionada. Al fin y al cabo, apenas habíamos hablado unos minutos. No conocía su apellido, no sabía en qué biblioteca trabajaba y no tenía el menor motivo para esperar que aquella conversación tuviera continuación.

—Suerte con esa Cracovia que no existe —añadió.

—Y usted con sus libros previsibles.

Ya estaba a punto de marcharse cuando volvió a mirar el tubo.

—Si algún día necesita historias de los vecinos, pase por la biblioteca de la calle Kalwaryjska. La gente deja allí más historias de las que se pueden encontrar en las estanterías.

—¿Es una invitación profesional?

Vaciló tan brevemente que alguien menos atento probablemente no lo habría advertido.

—Por ahora, sí.

Las puertas se abrieron. Bajó y yo lo observé a través del cristal mientras se abrochaba el abrigo y caminaba hacia el paso de peatones. No se volvió enseguida. Solo cuando el tranvía comenzó a alejarse, levantó la cabeza.

Nuestras miradas se encontraron a través de la ventanilla sucia y salpicada de lluvia.

Sonrió.

Le devolví la sonrisa.

El teléfono volvió a vibrar en mi bolsillo. El mensaje de Marta me recordaba que el viernes era la fecha límite definitiva. Abrí el formulario de la residencia. Todos los campos estaban cumplimentados. Solo faltaba una confirmación.

Apoyé el dedo sobre la pantalla, pero, en lugar de confirmar mi viaje, abrí el mapa de Cracovia.

Busqué la ubicación de la biblioteca de la calle Kalwaryjska.

Tres paradas desde el lugar donde me bajaba cada tarde.

Tan solo tres.

Guardé el teléfono y contemplé mi reflejo en la ventanilla. Todavía no sabía si Adam Wilga tendría ganas de ver mis ilustraciones ni si recordaría el nombre de aquella mujer cuyo tubo había intentado escapar rodando por el suelo. Lo único que sabía era que, por primera vez en muchas semanas, había pensado en algo que no fuera una fecha límite, un proyecto o el avión que debía llevarme a Copenhague.

El tranvía se detuvo en mi parada.

Podía bajar, regresar al estudio y ocuparme de la vida que había planificado con tanto cuidado.

Y, sin embargo, cuando las puertas se abrieron, durante un segundo de absoluta insensatez me pregunté qué pasaría si, en lugar de bajar, continuara otras tres paradas.

¿Y por qué la idea de volver a encontrarme con un desconocido me resultaba de pronto más difícil de rechazar que aquel viaje por el que llevaba meses luchando?

Capítulo 1 - El mapa de las cosas que no podemos retener

El viernes por la mañana decidí que no iba a buscar a Adam Wilga.

Era una decisión sensata, madura y completamente coherente con todo lo que había creído hasta entonces. Tenía por delante dos encargos importantes, un álbum sin terminar y la fecha límite para confirmar mi participación en la residencia artística de Copenhague. No necesitaba más motivos para distraerme, especialmente si esos motivos tenían el pelo oscuro, una voz tranquila y la capacidad de decir una sola frase certera sobre mis ilustraciones.

Sin embargo, a las nueve y cuarenta estaba sentada en un tranvía que se dirigía hacia Podgórze, con una carpeta de bocetos sobre las rodillas y una explicación cuidadosamente preparada sobre por qué iba a visitar la biblioteca de la calle Kalwaryjska.

La explicación era sencilla: necesitaba documentación para mi proyecto.

Incluso era verdad.

Durante los dos últimos días había estado dando vueltas a la idea que Adam me había sugerido. Un mapa de recuerdos no tenía por qué limitarse a dibujos nacidos de mi imaginación. Podía incluir historias reales de los vecinos, fragmentos de textos y lugares que permanecían invisibles en las guías turísticas convencionales. Un edificio donde alguien había esperado durante treinta años el regreso de la persona amada. Una parada en la que una mujer leía cada

día las cartas de su hijo. Un patio donde antiguamente se organizaban veladas de lectura.

Tenía suficiente experiencia para saber que un proyecto así requería algo más que imágenes bonitas. Necesitaba fuentes, conversaciones y el consentimiento de las personas cuyos recuerdos quería utilizar. La biblioteca podía ser un buen punto de partida.

La cuestión era que no tenía por qué elegir precisamente aquella biblioteca.

Cuando entré, me recibió el familiar olor a papel, polvo y abrigos mojados. Las estanterías altas dividían el espacio en pequeños pasillos acogedores, mientras una luz lechosa penetraba por los grandes ventanales. En una de las mesas, un hombre mayor leía el periódico; cerca de él, dos niñas hojeaban un álbum sobre animales. Detrás del mostrador estaba sentada una mujer que llevaba unas gafas sujetas con una cadena roja.

—Buenos días. Busco al señor Adam Wilga.

La mujer levantó la mirada.

—Adam está dirigiendo una reunión en la sala del fondo del pasillo. Debe de estar a punto de terminar. ¿Puedo ayudarla?

—Quería hablar sobre materiales relacionados con la historia de Podgórze.

—Entonces ha venido al lugar adecuado. Siéntese, por favor.

Elegí una mesa junto a la ventana y saqué mi cuaderno de dibujo. No pensaba parecer una mujer que había recorrido expresamente tres paradas más porque un desconocido

había recordado su nombre. Así que abrí el cuaderno, saqué un lápiz y empecé a dibujar el interior de la biblioteca.

Unos minutos después escuché una voz familiar.

—Sabía que esa Cracovia que no existe acabaría necesitando una biblioteca.

Levanté la cabeza.

Adam estaba junto a la mesa, con dos libros bajo el brazo. No llevaba abrigo. Con un jersey verde oscuro parecía menos formal que en el tranvía y, al mismo tiempo, más parecido a alguien a quien podría imaginar formando parte de mi vida cotidiana. Se había remangado hasta los antebrazos. La tinta azul seguía marcando un costado de su dedo.

—No te hagas ilusiones —respondí—. He venido a buscar documentación.

—Por supuesto.

—En serio.

—Te creo. Aunque tengo la impresión de que preparaste esa respuesta antes de entrar.

Cerré el cuaderno.

—¿Siempre estás tan seguro de tus interpretaciones?

—Solo cuando alguien me mira como si estuviera pensando en dibujarme una nariz extraordinariamente grande.

Me reí.

Adam se sentó frente a mí, pero antes señaló la silla con un gesto interrogativo. Apreció aquel pequeño detalle más de lo que habría debido. Los hombres con los que había trabajado anteriormente solían tratar el espacio ajeno como

algo que podían ocupar siempre que lo hicieran con suficiente determinación.

—¿Me enseñarás en qué estás trabajando? —preguntó.

Vacilé un instante. Mis bocetos todavía no estaban preparados para una presentación pública. Por lo general, no los enseñaba hasta que podía controlar la reacción de quien los veía mediante una explicación adecuada. Adam, sin embargo, no parecía una persona que esperara una presentación perfecta.

Abrí la carpeta.

En la primera lámina aparecía un fragmento de la calle Józefińska. Las fachadas de los edificios se desdibujaban en líneas que recordaban la lluvia, mientras de las ventanas surgían los delicados contornos de antiguos habitantes. En la siguiente había dibujado un puente desde la perspectiva de una niña que lo recordaba como algo enorme y peligroso.

Adam examinó las ilustraciones sin prisas.

—¿Quién te contó la historia de este puente?

—Mi abuela. Cuando era pequeña, le daba miedo cruzar el Vístula. Decía que entonces el río parecía capaz de llevarse a una persona simplemente por mirarlo.

—Qué frase tan bonita.

—Mi abuela tenía talento para exagerar.

—O quizá para contar historias.

Pasó a la siguiente lámina.

—¿Sabes qué es lo que echo de menos aquí?

Me preparé para recibir una crítica.

—¿Colores? ¿Personas? ¿Una perspectiva mejor?

—Voces.

Lo miré.

—¿Cómo dices?

—Estos lugares ya cuentan algo, pero quien contempla las imágenes solo conoce tu interpretación. Si junto a las ilustraciones aparecieran breves recuerdos de los vecinos, el mapa adquiriría una segunda dimensión.

—Precisamente por eso he venido.

—Entonces hemos tenido una idea parecida.

La palabra «hemos» sonó sorprendentemente natural.

Adam sacó de uno de los libros una hoja doblada y la extendió sobre la mesa. Era el esquema de una pequeña exposición que la biblioteca estaba preparando. Aparecían señalados el barrio, varios puntos característicos y algunos lugares relacionados con escritores de la zona.

—Llevo meses intentando organizar algo que saque la literatura de las estanterías —explicó—. Quiero crear un mapa literario de Podgórze. No solo de los lugares descritos en los libros, sino también de aquellos donde los vecinos encuentran sus propias historias. La biblioteca conserva un archivo de grabaciones, recuerdos y fotografías antiguas. El problema es que no tengo a nadie capaz de darles una forma visual.

Acerqué la hoja hacia mí.

—Es decir, necesitas una ilustradora.

—Necesito a alguien que comprenda que un mapa puede mostrar algo más que un camino.

Lo dijo con tranquilidad. Sin intentar impresionarme y, aun así, sentí una agradable calidez que no tenía ninguna intención de analizar.

—¿Y qué te hace pensar que querré trabajar contigo?

—No tengo ninguna certeza.

—Bien.

—Pero tengo un argumento.

—Te escucho.

—Puedo darte acceso a historias que no encontrarás en internet.

Pensé en el álbum en el que llevaba meses trabajando. En sus partes incompletas. En cuánto deseaba que fuera algo más que una colección de recuerdos estéticamente atractivos.

—¿Y qué esperas a cambio?

Adam no respondió inmediatamente.

—Que los vecinos no se conviertan en simples elementos decorativos de tu proyecto.

Me puse rígida.

—No trato a las personas como elementos decorativos.

—No he dicho que lo hagas.

—Ha sonado exactamente así.

—Entonces me he expresado mal. Lo que quiero es conservar sus voces. Si alguien cuenta una historia, debería saber cómo se va a utilizar. Y tener la posibilidad de decir que no.

Dejé el lápiz sobre la mesa.

—Siempre pido permiso.

—Te creo. Pero quiero que lo establezcamos como una norma de colaboración, no como algo que dependa de la buena voluntad de una sola persona.

Lo observé con mayor atención.

No intentaba convencerme con una sonrisa. Tampoco se retractó de su postura. Era educado, pero firme de una manera que me irritaba y, al mismo tiempo, despertaba mi respeto.

—No voy a cederte el control de mis ilustraciones —dije.

—No te lo estoy pidiendo.

—Y tampoco voy a preparar un proyecto para que después lo modifique una comisión de la biblioteca.

—No quiero una comisión. Quiero que hablemos.

—Una conversación puede durar más que una comisión.

—Depende de con quién hables.

Durante un momento permanecimos en silencio.

Fue entonces cuando reparé en que Adam tenía los ojos muy claros. No conseguía definir su color porque cambiaba con la luz, pero la forma en que miraba era mucho más interesante que su tonalidad. No apartaba la vista cuando no estaba de acuerdo conmigo.

—Tengo mi propio calendario de trabajo —dije finalmente—. Y compromisos que no puedo aplazar.

—Lo entiendo.

—No es una excusa.

—No lo he interpretado como tal.

El teléfono vibró en mi bolsillo. Marta.

Necesito que me respondas hoy sobre Copenhague.

Giré el teléfono para ocultar la pantalla.

Adam se dio cuenta, pero no preguntó.

—¿Cuánto tiempo necesitarías para un proyecto así? —retomé la conversación.

—Me gustaría preparar una primera versión en seis semanas. Después podríamos decidir si ampliamos el mapa.

Seis semanas.

Más tiempo del que debería permitirme dedicar a nuevos compromisos.

—Es bastante trabajo.

—Sí.

—¿Y das por hecho que lo haré gratis?

Esta vez se echó a reír.

—No. La biblioteca dispone de un pequeño presupuesto para el diseño gráfico. No pienso insultarte ofreciéndote trabajar a cambio de visibilidad.

—Eso ya es un buen comienzo.

Sacó un cuaderno y anotó algunos datos. Su letra era pequeña, ligeramente inclinada, con una forma característica de trazar la «g».

—Te enviaré el alcance del proyecto y las condiciones económicas. Puedes decidirlo con calma.

—Todavía no tienes mi número.

—Eso ciertamente dificulta la correspondencia.

Me entregó su teléfono para que introdujera mis datos. Lo hice procurando no prestar atención al absurdo placer que me producía una acción tan corriente.

Cuando se lo devolví, nuestros dedos se rozaron brevemente. Ninguno hizo un movimiento brusco ni convirtió aquel contacto en un acontecimiento trascendental. Aun así,

advertí que Adam se quedó mirando mi mano durante un instante.

—Luiza Dąbek —leyó—. Un buen apellido para una ilustradora.

—¿Por qué?

—Corto. Concreto. Difícil de confundir con cualquier otra cosa.

—¿Y Wilga?

—Se supone que me obliga a cantar, porque es el nombre de un pájaro. Llevo treinta y nueve años decepcionando a la gente.

—Entonces tenemos algo en común. Yo decepciono a mis clientes cuando me niego a dibujar tazas de café sonrientes.

Nuestra conversación quedó interrumpida por una mujer mayor que se acercó a la mesa con un montón de fotografías.

—Señor Adam, le he traído las fotos que me pidió.

Adam se levantó inmediatamente.

—Señora Helena, muchas gracias. Si tiene un momento, siéntese, por favor.

La mujer me miró con curiosidad.

—¿Y quién es ella?

—La señora Luiza. Quizá nos ayude a mostrar Podgórze de una manera completamente nueva.

No lo corregí.

La señora Helena extendió unas fotografías que mostraban una antigua calle, una tienda que ya no existía y un patio con un banco de madera. Hablaba de las personas que habían vivido allí años atrás, y Adam la escuchaba con

tanta atención como si cada historia fuera tan importante como cualquiera de los libros que tenía a sus espaldas.

Cuando la mujer mencionó a su marido, que le llevaba flores del mercado todos los días, su voz tembló ligeramente. Adam no intentó llenar el silencio. Esperó hasta que ella misma decidió si quería continuar.

Entonces comprendí por qué le importaba tanto el consentimiento de los vecinos.

No se trataba únicamente de principios profesionales.

Trataba los recuerdos ajenos como cosas valiosas que alguien le había confiado para que las cuidara.

Después de que la señora Helena se marchara, volví a examinar las fotografías.

—Quiero intentarlo —dije.

Adam levantó la mirada.

—¿De verdad?

—Pero con mis condiciones. Primero prepararé una propuesta conceptual. No me comprometo a realizar el proyecto completo hasta que haya visto los materiales y el contrato.

—Me parece justo.

—Y nada de modificar mis ilustraciones sin hablar conmigo.

—De acuerdo.

—Si considero que algo no funciona, te lo diré directamente.

Una comisura de sus labios se curvó.

—Eso ya había conseguido deducirlo.

Me levanté mientras recogía los bocetos. Tenía la sensación de haber pasado en la biblioteca mucho más tiempo del que había previsto. Al otro lado de la ventana empezaba a caer una lluvia fina.

Adam me acompañó hasta la puerta.

—¿Luiza?

Me volví.

—Gracias por venir.

Una frase sencilla. Sin juegos.

—Todavía no sabes si acabarás arrepintiéndote.

—Es verdad.

—No pareces preocupado.

—Hay riesgos que me parecen dignos de asumir.

Nos miramos en silencio durante unos instantes. No sabía si estaba hablando del proyecto. Sospechaba que él tampoco tenía intención de aclararlo.

Salí a la calle y solo después de caminar unos cuantos pasos saqué el teléfono.

Marta volvió a llamarme.

—Luiza, tenemos que tomar una decisión —dijo sin siquiera saludar—. Los organizadores necesitan una confirmación.

Miré hacia la biblioteca a través del cristal mojado de la parada.

—Me voy a Copenhague —respondí.

Pronunciar aquellas palabras me produjo alivio. Era mi oportunidad, conseguida tras años de tomar decisiones por

mi cuenta, y no pensaba perderla porque hubiera conocido a un hombre interesante.

—Estupendo. Entonces confirmo la residencia. Te enviaré los detalles por correo electrónico.

Colgué.

Un momento después recibí un mensaje de Adam.

Te envío una descripción preliminar del proyecto. Si todavía te apetece, propongo que la comentemos mañana. Y prometo no criticar tus narices.

Sonreí.

Respondí antes de tener tiempo de analizar todas las consecuencias posibles.

Mañana me viene bien. Pero te advierto que mis narices no son negociables.

La respuesta llegó casi inmediatamente.

Entonces empezaremos por los temas difíciles.

Guardé el teléfono cuando llegó el tranvía.

Tenía por delante un viaje, un nuevo proyecto y un hombre que, en apenas dos encuentros, había conseguido cuestionar más costumbres mías que cualquier otra persona durante el último año.

No pensaba cambiar mis planes.

Pero quería ver qué sucedería al día siguiente.

Capítulo 2 - Un contrato sin letra pequeña

El sábado por la mañana me desperté antes de que sonara el despertador y durante varios segundos intenté comprender por qué me sentía tan impaciente. Normalmente empezaba los fines de semana tomando café y revisando los mensajes atrasados, para después trabajar hasta que la luz del estudio se volvía demasiado tenue como para distinguir los distintos tonos de gris. Esta vez, mi primer pensamiento no fue el álbum inacabado ni la fecha de mi viaje a Copenhague.

Fue el mensaje de Adam.

Diez y media. Cafetería de la calle Józefińska. Tengo los documentos, el mapa y unos argumentos bastante buenos.

Lo leí una vez más, aunque ya me sabía el contenido de memoria.

Nunca me había considerado una persona propensa a las fantasías románticas. Había tenido varias relaciones que me enseñaron a ser prudente, pero también a comprender que la prudencia podía convertirse, con el tiempo, en una excusa cómoda para no dejar entrar a nadie en mi vida. Durante los dos últimos años no había echado especialmente de menos la intimidad. Me gustaban mi piso, mi independencia y aquel silencio en el que nadie me preguntaba por qué estaba trabajando a las dos de la madrugada.

Y, sin embargo, ahora estaba eligiendo la ropa con una atención que ni siquiera dedicaba a algunas reuniones profesionales.